

... (text is mirrored and mostly illegible)

... (text is mirrored and mostly illegible)

FACULTAD DE MEDICINA.

... (text is mirrored and mostly illegible)

MEMORIA sobre el examen comparativo de la homeopatía i alopática, leída por el Dr. DON BENITO GARCIA FERNANDEZ, ante la Universidad de Chile, en el acto de recibir el grado de Licenciado.

SEÑORES: ... (text is mirrored and mostly illegible)

La Medicina es la ciencia de curar, ciencia que se compone de los hechos observados desde la infancia del arte i de las teorías que los grandes Maestros han inventado para explicarlos: hechos, observaciones i teorías, he aquí toda la Medicina. Los primeros han subsistido en todos los sistemas, pero las teorías se han sucedido unas a otras como las estaciones i los años. De la constancia de los primeros se ha inferido su utilidad i de la variación de la segundas, el que debían desecharse para siempre. De aquí ese odio eterno que se tiene a las hipótesis. En hablandose de hechos observados a la cabecera del enfermo, o de las huellas que dejan los males en el cadáver, todo el mundo cree, pero en hablandose de teorías las mirarán todos como al humo que se se lleva el viento. De modo que si en el estado actual de las Ciencias Médicas, apareciere una teoría verdadera del Arte de curar, sería desechada a priori, sin tomarse el trabajo de examinarla, por la predisposición que tienen los sabios a mirar con ceño todo lo que sea explicación, todo lo que sea teoría. Los sabios del siglo, en Medicina, armados del escápeló i del microscopio, empapados i ensimismados, digámoslo así en el cadáver, se han olvidado de la vida: para ellos, las enfermedades no son otra cosa que las alteraciones anatómico-patológicas que se encuentran en los finados; la ciencia del diagnóstico la encuentran en el cadáver, la fuente de las indicaciones terapéuticas sale del cadáver; el cadáver, en fin, es el hombre.

¿Culparémos a los médicos por la dirección materialista que han dado a la ciencia? por mi parte no; sería necesario para hacerlo culpar al espíritu de los tiempos, a la filosofía i a la humanidad entera; i yo respeto bastante a la humanidad para dirigir las acusaciones en masa.

¿Quiere verse la raíz del materialismo médico actual? pues bien, elevémonos a la cumbre de la filosofía, retrocedamos en el orden de los tiempos, subamos a la torre de que habla Bacon i escuchemos lo que dice este jénio a su siglo: «*espíritu, dice, te pierdes en tus contemplaciones, sal fuera de ti, observa la naturaleza i encontrarás la verdad.*» Bacon era espiritualista, su siglo lo era también, pero ambos marcharon por el borde de un abismo, en el cual sus discípulos Loke i Condillac, precipitaron al siglo XVIII. El primero dijo: «*espíritu, no puedes reflexionar mas que sobre las ideas que vienen de afuera, porque no hai otra cosa.*» Condillac gritó: «no hai espíritu, todo es sensaciones; la sensación es la ciencia, yo no soi mas que un conjunto de sensaciones, i Dios las sensaciones del Universo; todo es material.» El siglo creyó esta doctrina, i los tiempos i las ciencias fueron materiales.

El impulso que venia de arriba i de todas partes lo secundó Broussais en Medicina. Broussais es el discípulo lejítimo de la escuela de las sensaciones. Los filósofos habian dicho que todos nuestros conocimientos entran por los sentidos, i el médico de Paris repitió que *el organismo vive por los estimulantes, que la vida se sostiene por los estimulantes, que las enfermedades se producen por los excitantes, que las enfermedades son todas irritativas i que el método antifojsístico es el único verdadero para curarlas.* ¡Sangrias i agua gomosa es toda la terapéutica! Borróse la materia médica de la ciencia.

Broussais cometió errores: negó la vida a los líquidos, i el humorismo de Galeno renace; negó el principio vital, i el vitalismo de Montpellier resucita; negó la especialidad de las causas de las enfermedades, la especialidad de estas mismas, la especialidad de los medicamentos, i todas las escuelas de los siglos anteriores reclaman sus derechos, pero en una confusa gritería que nadie se entiende, ni nadie las entiende. ¡Están metidos en el abismo en que la filosofía materialista las hundió! ¡No hai todavía quien les dé una mano amiga para salir!

Ya que no podemos sacarlas del abismo, dejémoslas en paz, roguemos por ellas, i pasemos a otras consideraciones.

Al lado de la escuela de la *sensacion*, nació la escuela *panteista*, en Escocia, desarrollándose i dando sus frutos en Alemania. El *panteismo* es un sistema materialista con pretensiones de *espiritualismo*; me explicaré tal como yo lo comprendo. La materia condensada forma la tierra, los planetas i los astros; no tan condensada forma las atmósferas de estos cuerpos celestes; mas rarefacta, forma el éter que hai en el espacio, i los fluidos imponderables; mas rarefacta constituye los espíritus, i en el último grado de rarefacción es Dios que mantiene en armonía lo que esta en las escalas inferiores. El hombre en el sistema panteista es lo siguiente. La materia orgánica, condensada forma los sólidos i líquidos; la materia rarefacta forma los fluidos imponderables que nos mantiene en cierta temperatura etc.; mas rarefacta es el fluido nervioso o principio vital, i en el último grado de rarefacción constituye nuestra alma inteligente. Nuestro cuerpo o la materia condensada que la forma, por el doble movimiento de nutrición, composición i descomposición, se apropia por el primero una parte de la materia condensada del mundo; i le devuelve por el segundo la cantidad que retuvo en sus órganos por algun tiempo. Nuestros fluidos imponderables, el espíritu vital i el inteligente se hallan en relacion con los de igual clase que existen en la naturaleza. Mas aun, la materia organizada pasa, en virtud de la rarefacción de que es susceptible, a ser principio vital e inteligente; i vice-versa: en el primer caso se acrecienta o sostiene la vida, en el segundo se deteriora o deja de existir

para volver al gran depósito universal. De aquí la conclusión *panteista* de toda *igual a yo, yo igual a todo*.

Este sistema, cuyo espíritu, tal como yo lo he comprendido, es el que acabo de exponer, aunque su lenguaje no sea tan claro i terminante, ha sido ya juzgado como erróneo i absurdo; pero aunque absurdo ha hecho i está haciendo gran papel en el mundo; i si ha tenido gran boga, estemos seguros que de su seno debe haber salido algún sistema médico, i yo no conozco ninguno que con el *panteísmo* tenga mas afinidad que la *homeopatía*, a cuya esposicion se consagra principalmente este pequeño trabajo.

Ya sé que la *homeopatía* no aceptará al *panteísmo* como su fuente filosófica, pero no me importa; al darme yo razon de la *homeopatía* le encuentro ese orijen; si en el primero hai error i en la segunda verdad, es porque esta sola toma del panteísmo la parte buena del sistema, reconociendo como reconoce una intelijencia creadora de todo lo que existe, por encima de ese espíritu panteista.

Los errores en Medicina, en política i en las ciencias que tienen por objeto el conocimiento del hombre, no son errores fundamentales; solo son consecuencias de un error en filosofía, primera fuente de las ciencias humanas. Por esta razon me he detenido un poco en las consideraciones que preceden. El Tribunal me dispensará una digresion hecha únicamente para desembarazar el camino que voy a seguir en la esposicion de la *homeopatía*.

Entremos pues en materia.

Al traducir Samuel Hahneman, en el año 90, la *Materia Médica* de Cullen, artículo *quina*, fué inspirado como Newton a la caída de la manzana, de una idea nueva en Medicina. Si la *quina*, dijo, tiene la virtud de curar las intermitentes, debe tener tambien la virtud de producir las en el hombre sano, cuando se administre a la dosis i del modo que convenga. Hizo sus experimentos en seguida, consigo mismo, llenándose de contento al observar que los síntomas del medicamento correspondian exactamente a las virtudes que se le asignaban. Los síntomas que experimentó fueron bastante molestos, por lo cual, al repetir los ensayos, lo hizo con menor dosis, i viendo que aun estas i otras mas pequeñas eran muy fuertes, las disminuyó hasta que la experiencia vino a demostrarle las que debian emplearse. De aquí el orijen de las dosis pequeñas o infinitesimales.

Las experiencias de la *quina* se repitieron con otros medicamentos, obteniendo idénticos resultados; experiencias hechas por Hahneman, primero en si mismo i luego en sus allegados, amigos i discípulos. Esta serie de trabajos experimentales, continuados por el autor hasta su muerte, acaecida en el año 44, hicieron descubrir en los medicamentos virtudes medicinales hasta entonces desconocidas.

Con tan abundante copia de materiales, recojidos por la doble experimentacion del hombre sano i enfermo, publicó Hahneman su doctrina con el entusiasmo de todo gran reformador, i con las pretensiones hasta entonces nunca vistas de ser el único reformador de la Medicina, al ménos de sus partes esenciales, la *Materia Médica* i la *Terapéutica*.

La *homeopatía* no fué leida en un principio, o si algun sabio se dignó hacerlo, fué superficialmente, tomando a su autor por un visionario, a juzgar por la polvareda que despues se ha levantado en el seno de las Academias, en la prensa i hasta en las mismas enciclopedias médicas que, por hablar de todo, hablan hasta de lo que no entienden. Puede asegurarse que ningun enemigo de la *homeopatía* ha leído i experimentado la nueva doctrina; estudiarla, experimentar la i creer en ella son cosas iguales, por mas prevencion que se tenga contra ella i por mas tambien que sepa uno todos los grandes recursos que tiene la *Alopatía*.

La *homeopatía*, despreciada en un principio, se ha ido haciendo lugar poco a poco

entre los sabios de todas las naciones; se halla sometida a la experiencia; se han establecido hospitales homeopáticos, cátedras, clínicas, sociedades científicas, periódicos i hasta la enseñanza misma oficial en las Universidades; así en Europa como en América; tales por ejemplo, Alemania, España, Estados Unidos i Brasil.

La homeopatía es hoy una ciencia especial, que todo lo quiere i todo lo puede en Medicina, como se dijo de Napoleón; cada día salen a luz nuevas obras; ciento veintiocho diarios homeopáticos veían la luz pública el año anterior en todos los idiomas cultos. En los grandes centros del saber hai hombres que la defienden i la practican a la faz de los sabios; los reyes i magnates de las naciones deben ya su salud a la nueva doctrina, la reina Victoria i la de España se encuentran en el primer caso. La última fué curada de una enfermedad hereditaria, incurable hasta entonces por todos los medios del arte, por el homeopático Nuñez, siendo recompensado con la misma condecoracion que Fernando VII recompensó a Castello, cuando le salvó la vida en un violento ataque de gota. En Madrid hai dos sociedades homeopáticas; la Hahnemanniana i el Instituto, con sus periódicos oficiales; las primeras notabilidades de la Facultad de Medicina no han temido comprometer su reputacion alopatrica abrazando por entero la homeopatía. Cinco son ya los Catedráticos que ejercen el nuevo sistema, contándose entre ellos el que fué Decano de la Facultad de Barcelona el Doctor don Félix Janer, que a la edad de 76 años fué convertido, despues de haberse curado de una enfermedad crónica que amargaba su vejez hacia muchos años. Sus primeros ensayos, despues de curado, fueron en la clinica de Barcelona, principalmente en las pulmonías i pleuroneumonías. En vista de tales ejemplos un gran número de profesores de la Península secundaban el movimiento en todas partes.

Las pretensiones a veces exajeradas de la homeopatía, las nuevas ideas que surjen de su doctrina, diametralmente opuestas a las ideas de la Medicina secular i aun a las preocupaciones de los Médicos i del vulgo, le han acarreado no solo oposicion sino persecucion en algunos puntos; felizmente en España no tenemos que lamentar los excesos de Viena i otros países.

Léjos nosotros del terreno de las pasiones; puesto que nuestro objeto es curar únicamente, podemos examinar con calma i juicio lo que haya o pueda haber de cierto en la homeopatía. El problema práctico es curar el enfermo, esto es lo único que pide, i el médico lo único tambien que se propone. Todos los sistemas médicos han temido i tienen este objeto i la homeopatía sigue la regla jeneral.

Para mayor claridad dividamos el problema práctico en cuatro proposiciones; i veamos qué ha hecho, hace o puede con ellos la medicina secular, i qué hace o puede la homeopatía.

Las proposiciones son las siguientes: 1.ª a quién se ha de curar; 2.ª qué se ha de curar; 3.ª con qué se ha de curar; 4.ª cómo se ha de curar.

PRIMERA PROPOSICION DEL PROBLEMA MEDICO: A quién se ha de curar?

¿A quién se ha de curar?

En la primera cuestion estamos bien; siendo el hombre el sujeto a quien se ha de curar, todos nos hallamos conformes en que es necesario conocerle lo mas perfectamente que sea posible. La Anatomía i la Fisiología llenan cumplidamente el objeto; si se quiere, puesto que el hombre es tambien un ser moral i inteligente, puede añadirse la psicología i la moral, como se hace ya en los estudios preparatorios, i la Higiene para que sepa educar i conservar sus órganos sanos i robustos. La 1.ª cuestion la resuelve por si misma la medicina secular, i la homeopatía poco o nada tiene que oponerle.

SEGUNDA CUESTION.

¿Qué se ha de curar?

En esta cuestion ya pone la mano la homeopatía, sentándola como mano de hierro, sin temor de que nadie se la levante. Es cierto que lo que hai que curar son las enfermedades; pero el nombre de enfermedad es una cosa mui jeneral i abstracta. Hahnemann precisa mas la cuestion; quiere que determinemos lo que hai de positivo en las enfermedades i lo que hai de hipotético; lo primero para estudiarlo bien i lo segundo para desecharlo. Lo que hai de positivo en una enfermedad, dice Hahnemann, son los síntomas, porque los vemos i tocamos, i lo que hai de hipotético es el nombre de la enfermedad, es decir; si tiene su asiento en la sangre o en los nervios, en el estómago o en el higado; si depende de la bilis o de la pituita, de la irritacion o de la astenia, de humores escesivos o de humores pecantes etc. etc. Observad lo que pasa en una junta; todos están de acuerdo en los síntomas que tiene el enfermo, i si alguno duda sobre un síntoma lo rectifica luego en el paciente; si todos están de acuerdo en lo que se llama materiales del diagnóstico, los síntomas; ¿por qué difieren en el nombre de la enfermedad i en el tratamiento? porque el nombre de la enfermedad se quiere fundar en la naturaleza íntima de la misma; porque el tratamiento quiere dirigirse no contra los síntomas, sino contra el ente desconocido que suponemos trastorna las funciones del organismo. ¿No vemos muchas veces que un enfermo se cura sin que sepamos a ciencia cierta el mal que padecía? ¿no es mui frecuente hacer una primera visita i quedarnos a oscuras sobre el diagnóstico? i aun en los casos que creemos acertar ¿cuántas veces no nos equivocamos? I si la Terapéutica es consecuente al diagnóstico; hecho según los principios del arte que se profesa, ¿a cuántos errores no puede conducirnos a la cabecera del enfermo? Por evitar estos escollos es por lo que Hahnemann desecha las *Nosologías*, fundadas, como se sabe, en la naturaleza de los males; por lo mismo no quiere que se le dé nombre a ninguna enfermedad i que contra este nombre se dirija el tratamiento. La esencia o naturaleza íntima de los padecimientos físicos que aquejan a nuestros semejantes nos es i será siempre desconocida, como lo es la de todas las cosas.

¿Se quiere mas precision en esta materia? pues bien, tomemos una Nosografía; i analicémosla; cualquiera es buena para el objeto, pero yo tomo la mas completa que conozco, la de Roche, Sanson i Lenoir, que por pertenecer a la escuela fisiológica debe estar purgada de los errores ontológicos de los siglos anteriores.

Abramos el tomo primero, página 40, traduccion española de la cuarta edicion. Empieza un capitulo con el epigrafe siguiente: *De la naturaleza i clasificacion de las enfermedades*. Oigamos un poco al autor, porque yo no quiero inventar. «Sin el conocimiento, dice, de la naturaleza de las enfermedades no es posible establecer un método curativo racional; i esta es la causa porque los médicos de todos tiempos i sectas, a excepcion de los empiricos, han creido siempre que es necesario descubrirla. Pero en lugar de adquirirla con la observacion de los hechos, con las investigaciones i esperimentos, cuyos resultados son mui lentos para la impaciencia que tan natural es al espíritu humano, han querido adivinarla. Los humoristas, solidistas, mecánicos, químicos, vitalistas, todos, todos han abandonado la estrecha senda de la verdad por seguir la anchura i cómoda del error, procurando descubrir la naturaleza de las enfermedades por medio de hipótesis hijas de su imaginacion. Unos imaginaron *humores, acritudes, venenos etc.*, a los cuales viciaron e hicieron caminar a su voluntad para causar los desórdenes de la economia; otros han inventado una *fibra*, a la cual han puesto *laxa, tirante, seca o húmeda*, que por estas circunstancias se hacia el orijen de las enfermedades; estos querian explicar el desorden de nuestras funciones por

presiones, oscilaciones, vibraciones etc., i los últimos por aumento, disminucion o *perversion* de las propiedades vitales, sobre cuyo número i naturaleza aun no estaban de acuerdo. Los médicos de la época actual conducidos a mejor camino por el escarmiento de estos estravios, han llegado a conocer que en los desórdenes materiales de la organizacion, antes que en otra parte, es en donde deben buscarse las causas próximas de las enfermedades.»

«La naturaleza de las enfermedades consiste, como llevamos dicho, en las diversas alteraciones de los tejidos o fluidos, i por consiguiente a la Anatomía patológica pertenece revelarnosla».....

.....«En una palabra, si la anatomía patológica estuviera mas adelantada, podríamos establecer sobre bases sólidas e indestructibles la clasificacion de las enfermedades segun su naturaleza.»

Nada hai que añadir a este cuadro; en pocas palabras está hecha la critica de los sistemas que han precedido al que establece el autor; sistemas absurdos, sobre cuyos errores se ha fundado el tratamiento de las enfermedades: *¡pobres enfermos!*

¿I cuál es el sistema que ha conducido al autor a mejor camino, escarmentado por los estravios anteriores? Ya lo hemos visto, i sabemos lo que significa. La anatomía patológica lo ha revelado, i si algo falta, ella sola conduce al objeto por buen camino. ¿En dónde está el error fundamental de este sistema? helo aqui: se ha tomado la parte por el todo, el síntoma por la enfermedad. Se cree que la tisis son los *tubérculos*, el cancer la *desorganización*, el mal de orina las *arenillas* que se forman en los riñones o en sus órganos excretorios, etc. etc., como si más allá de los tubérculos, de la desorganizacion i de las arenillas no estuviere la vida, cuyo trastorno o desarmonía no fuera capaz de producir tubérculos, arenillas, etc. etc.

Ahora bien, si el tratamiento racional de las enfermedades se funda solo en el verdadero conocimiento de su naturaleza íntima, siendo este erróneo en el sistema que combatimos, puesto que se toma la parte por el todo, ¿qué nombre merecerá? seguramente que no es el de *racional*: I aun concediéndolo todo, i que es verdadero el sistema, ¿no es mayor el número de enfermedades cuya anatomía patológica desconocemos a la cabecera del enfermo? i en la numerosa clase de las neurosis, cuya intensidad de dolores pueden matar en poco tiempo, i que Trousséau llama síntomas sin enfermedad ¿qué tratamiento les aplicamos? el racional no puede ser. Aun en la misma tisis, cuya anatomía patológica se conoce mejor que la de ninguna otra enfermedad, ¿qué haremos a la vista de un presunto tísico, mientras no veamos los tubérculos? digo verlos; porque eso es necesario para estar *seguros* de su existencia. Si le aplicamos el tratamiento racional antituberculoso i éstos no existen, ¿qué sucederá? ¿pobre enfermo!

Por eso Hahneman combate las pretensiones sobre el conocimiento quimérico de la naturaleza íntima de las enfermedades, i no solo combate los sistemas sino que prohíbe de un modo *absoluto* que el espíritu médico del siglo tome esa direccion, porque indudablemente vá en pos de una fantasma que nunca tocará con sus manos. Conviene, dice, estudiar las enfermedades como los físicos i los químicos estudian las propiedades de los cuerpos i las leyes a que están sujetos sus movimientos; ya moleculares, ya en grandes masas. Si ahora no se conocen bien las leyes que rijen a todas las enfermedades, estúdiense mejor sus síntomas, que son como las propiedades de la materia, i el tiempo, con la observacion asidua de todos, hará lo demás.

Mas, si esto es verdad, ¿cómo considera Hahneman las enfermedades, i qué valor dá a los síntomas? ¿cuáles son los mas importantes?

La critica que precede es justa, verdadera, segun mi humilde opinion, pero la doctrina que reemplaza Hahneman ¿lo es igualmente? vamos a verlo.

Hahneman dice que todas las enfermedades son generales i *dinámicas*; que las

fièvres son enfermedades generales, que la fisis es una enfermedad general, que un dolor de muelas es una enfermedad general, i que un lipoma o una lupia lo es tambien. Como, se dira, un dolor de muelas i una lupia es una afeccion general como una fiebre o una caquexia? el decirlo nada mas parece un absurdo, pero oigamos al autor antes de pronunciar fallo semejante.

Para comprenderle mejor recuerdese lo que hemos dicho del panteismo, verdadera fuente filosofica, segun mi opinion, de esta doctrina.

Mas allá de las funciones del cuerpo humano están los líquidos i sólidos, tejidos, órganos i aparatos, que son los instrumentos con que se verifican estas funciones; i mas arriba que todo esto se encuentra el principio vital que todo lo dirige. Este principio vital, especie de fluido imponderable, materia sutil o fuerza, es el asiento unico i verdadero de las enfermedades. I como no hai en cada cuerpo humano mas que un principio vital que anima i pone en movimiento todos los resortes de nuestra complicada maquina, si en el reside el asiento de las enfermedades, es claro que en su esencia son generales i locales en sus síntomas. Si al nombre de principio vital sustituimos el nombre de *dinamismo* que le ha dado Hahneman, se comprenderá el porque llama *dinámicas* o *generales* a las enfermedades.

El *dinamismo vital* hace un papel muy importante en homeopatia i por lo mismo insistiré mas en él.

Las causas de las enfermedades son todas orgánicas i dinámicas al mismo tiempo; orgánicas en cuanto obran sobre la piel, el pulmón, el estómago, etc., i dinámicas por cuanto afectan la vida. Una causa traumática que contunde, magulle o divide los tejidos, obra orgánicamente modificando los sólidos i líquidos, i *dinamicamente* desarmonizando la vida. Una palabra, ofensiva, un susto, etc., son causas casi puramente dinámicas.

Los síntomas que Hahneman ha dividido en tres clases, de *sensacion*, de *funcion* i de *testura*, no todos tienen igual importancia para el diagnóstico. Los principales son los de *sensacion*, i en el último grado se colocan los de *testura*. En los primeros se incluyen los diferentes dolores i sensaciones molestas que experimenta el enfermo; en los segundos se comprenden los vómitos, evacuaciones, dificultades de respirar, tos, movimientos desordenados, parálisis, etc. etc., i en el 3.º lo que se conoce en Alopata con el nombre de alteraciones anatómico-patológicas.

La teoria del *dinamismo* no para aqui; se estiende tambien a los medicamentos. La virtud curativa de las sustancias medicinales no reside en lo que nosotros vemos i tocamos del medicamento. Mas allá del volumen, es decir, de las propiedades físicas i químicas, existe un *quid divinum*, como decia Hipocrates, especie de materia sutil o de fuerza, retenida i como encadenada por la materia, que se llama *abstracción* o medicamento. Las preparaciones homeopáticas de los medicamentos desarrollan o ponen en libertad esta fuerza dinámica, dividiendo i subdividiendo la materia casi hasta lo infinito. Si es la materia del medicamento dividido i subdividido, o *atenuado* como se dice en homeopatia, lo que tiene esa virtud curativa que vemos o bien una fuerza estraña que reside en él, eso no lo sabemos; todavia lo cierto es que las cosas suceden asi. En ambas suposiciones puede esplicarse la accion de las dosis infinitesimales. Si es la materia la que cura, como es divisible hasta lo infinito, siempre habrá algunas particillas en las últimas disoluciones; si es una fuerza estraña que reside en el medicamento, puesta en libertad por las disoluciones que sufre este, es claro que se une al líquido disolvente i va como electrizando las nuevas potencias con que se mezcla.

Reprocediendo un poco a lo que llevamos dicho sobre la *etiología*, se comprenderá mejor ahora la accion dinámica de las causas. El pus de una blenorragia no es contagioso por sus cualidades físico-químicas, sino por el *quid vital* o *dinámico* que

lleva consigo. En las causas contagiosas del cólera, peste, fiebre amarilla, etc., no es contagioso lo que vemos i tocamos, sino lo *dinámico* o *vital* que está oculto. En fin, mas allá de los fenómenos que vemos i tocamos, mas allá de ese mundo material, hai un mundo *espiritual, vital* o *dinámico* que todo lo dirige i mantiene en una constante armonía.

Por esta razon miro la homeopatía como un sistema que puede referirse al panteísmo.

Lo que acabo de esponer sobre el *dinamismo* constituye uno de los principios *fundamentales* de la homeopatía; el *primero*, segun unos, i el *segundo* segun otros, i de aqui dos escuelas: la enseña de los puristas es *dinamismo*; la bandera de los segundos es *similia similibus curantur*. Por eso en Madrid, Paris, Viena, etc., hai en cada capital dos sociedades, una Hahnemanniana, purista o *dinámica*, i la otra *homeopática* propiamente dicha. Es jefe de la 1.^a en Madrid, Nuñez, el primero o uno de los primeros homeopatas del mundo; i jefe de la 2.^a un catedrático de la Facultad de Medicina. Lo que separa en la práctica estas dos escuelas es lo siguiente: los primeros *siempre* dan los medicamentos preparados homeopáticamente, i los segundos los dan *algunas veces* a las dosis que se acostumbra ordinariamente, porque creen que lo esencial para curar es buscar el *semejante*.

Basta ya de *dinamismo* i entremos a la

TERCERA CUESTION.

Con qué se han de curar las enfermedades?

La cuestión es muy sencilla; deben curarse con los medios que tengan la virtud de volver la salud al paciente. Estos medios son principalmente los agentes naturales que proceden de uno de los tres reinos mineral, vegetal i animal. Digo principalmente porque en muchas ocasiones un buen consejo, la variación de régimen, el clima, modo de vestir, etc., bastan para curar ciertas indisposiciones.

Pero la cuestión no es esta; la cuestión es saber cómo conocemos la virtud medicinal de los agentes que llamamos medicamentos. La medicina secular conoce sus instrumentos o medicamentos por la observación en el enfermo; i la nueva u homeopatía los conoce por la experimentación en el *hombre sano*, que llama *experimentación pura*, i por la confirmación, digámoslo así, en el enfermo. Veamos qué valor tiene el proceder de la primera. Cuando un medicamento ha sido varias veces administrado a un enfermo i se han visto sobrevenir en su consecuencia ciertas mudanzas, se le ha condecorado con el nombre de *tónico*, *astrinjente*, *neurosténico*, etc., segun los casos. La experiencia en el enfermo: he aqui la piedra de toque de la materia médica ordinaria. La tradición, la predeterminación *a priori* por las propiedades aromáticas o amargas que los sentidos descubran, no bastan, aunque dicen pueden servir en ciertas cosas. Lo mismo sucede con las propiedades fisico-químicas. La experiencia en el enfermo viene a resumir el verdadero origen de las virtudes medicinales de los medicamentos.

¿Qué tiene que oponer a este proceder la homeopatía? No parece racional su marcha en las investigaciones que se propone. Así parece, pero la homeopatía opone, i es necesario convenir con ella, que hai siempre peligro de ensayar por primera vez en el enfermo un medicamento, sea cualquiera, mayormente si es enérgico. La vida se halla muy impresionable; cuando la trastorinan las causas morbosas i no puede llevar con indiferencia que un agente heterógeno a su estado, venga a interrumpir su reaccion conservadora. Este proceder es atentatorio a la vida de los hombres; es un proceder homicida. I no se crea que esto sucede una vez al año i cuando se emplea por 4.^a vez un medicamento; no; sucede diariamente, porque diariamente se presentan estados morbosos nuevos, contra cuyos padecimientos no se conoce es-

pecífico alguno, i siendo necesario hacer algo, al menos para que el enfermo no esté sin medicina, el médico tiene que echar mano de remedios que a lo mas conoce incompletamente: ¿Cuántas veces no procede por vía de ensayo i tanteo?

Pero supongamos que el proceder es lejítimo i que está exento de inconvenientes; ¿puede conducir al objeto deseado? ¿puede saberse al fin i al cabo, con *certeza*, cuáles son las virtudes medicinales de los medicamentos? La homeopatía está por la negativa i he aquí su razonamiento. Las mudanzas que sobrevienen despues de la administracion de los remedios, ¿son hijas de los inismos o de la marcha natural de las enfermedades? Para contestar con seguridad era necesario conocer uno de los estremos que sirven de comparacion: el de los medicamentos lo desconocemos, puesto que es lo que se trata de encontrar; ¿conocemos por ventura el de las enfermedades? Tampoco. Porque ¿quién hasta ahora ha estudiado la patolojia como un objeto de historia natural, sin hacer remedio alguno? I cuidado, que solo haciendo este estudio es cómo tendríamos un conocimiento verdadero: tal como hasta aquí se ha hecho, nos ha dadé los sintomas del mal modificado por el remedio, i a veces los del remedio mismo confundidos con los de la enfermedad, por sintomas propios del mal.

No es esto únicamente lo que la homeopatía opone a la materia médica ordinaria. Sabido es que por lo jeneral se emplean los medicamentos mezclados unos con otros; i de una mezcla confusa de remedios, por mas que no se contradigan químicamente, no puede deducirse en buena lójica qué virtud pertenece a la *base*, al *ayudante*, al *correctivo*; etc. Basta indicar la idea para comprender toda la fuerza del argumento.

Las grandes dosis i su frecuente repeticion son tambien inconvenientes de no pequeña monta. En una dosis grande, el remedio obra, en parte o en todo, como un cuerpo extraño, como una espina por ejemplo, que para desembarazarse de él la naturaleza establece reacciones que lo espelan por vómitos, cámaras, orinas, sudores, etc. La virtud dinámica no puede tener lugar por el modo grosero con que se procede. La repeticion frecuente de la dosis, jeneralmente hecha ántes que la anterior haya completado su accion, trastorna el organismo con nuevas reacciones, impidiendo que dominemos la observacion, porque ya ni se sabe por dónde marcha el remedio, ni cuáles son los sintomas propios de la enfermedad.

Pero concedámoslo todo; supongamos que no hai inconveniente en hacer experimentos en el enfermo, que las enfermedades se conocen bien, que los medicamentos se dan puros, que las dosis son pequeñas i que no se repiten fuera de tiempo; concedámoslo todo; i a pesar de ello el método experimental en el enfermo, como ha dicho un homeópata español, usado esclusivamente, seria tan tardio que la celebracion del juicio final se veria antes que la averiguacion positiva de lo que cada medicamento era capaz de curar; porque apesar de este escrúpulo de procedimiento, no podrian ofrecerse mas que dos medios para averiguar la virtud positiva de los medicamentos: el uno consistiria en ensayar todos los medicamentos uno despues de otro, en un solo caso de enfermedad, a fin de descubrir cuál era aquella en que ejercia una accion verdaderamente saludable; i el otro consistiria en administrar un solo medicamento, i siempre el mismo, contra todas las enfermedades, para ver a cuál de ellas curaba de un modo constante, seguro i completo.

La quina, el mercurio, i el azufre son remedios que la escuela conoce por la experimentacion en el enfermo, como el antiípico el primero, anti-venéreo el segundo i anti-escabioso el tercero; i yo pregunto; ¿hai en la naturaleza, en cualquiera de los tres reinos, algunos ajentes mas específicos que la quina, el mercurio i el azufre para ciertas intermitentes, ciertas formas de venéreo i ciertas formas de sarna? Alopáticamente imposible es saberlo, pero la homeopatía contesta que no, i lo dice *con toda segu-*

ridad. Para la úlcera venérea sin complicacion con otro virus morboso el mejor remedio es el mercurio; i lo que se dice del mercurio se afirma de la quina, azufre etc etc.

¿De dónde le proviene, pues, esta luz clarísima a la homeopatía? Le proviene de la *experimentación pura*. Ella experimenta primero los medicamentos en el *hombre sano*, a pequeñas dosis, sin repetir la segunda hasta que haya concluido su acción la primera, i los experimenta puros, es decir; sin mezclarlos entre sí en ningún caso.

Si el medicamento cura es porque tiene la facultad de impresionar el organismo enfermo, i si lo impresiona, también debe hacerlo en el organismo sano, a dosis más o menos fuertes. Esta consecuencia tan natural induce a la homeopatía a la *experimentación pura*. Administra un medicamento a un adulto, por ejemplo, observa bien los síntomas que produce i los anota en el diario de observación. Cuando ya no produce efectos, se repite la dosis, se anotan los síntomas nuevos, i vuelve a repetirse cuantas veces se quiera, con tal que no se toquen los efectos del remedio por la frecuente repetición. Lo que se ha hecho con un adulto se hace con varios individuos de diferentes edades, temperamentos i sexos. Cuando se ve que el medicamento en los últimos experimentos repite la mayoría de los síntomas que produjo en los primeros ensayos, se tiene su estudio por casi completo, i se pasa a otros nuevos. Los síntomas que sobresalen con más fuerza, que se repiten con más frecuencia i que están en armonía con la *unidad* del medicamento, estos son los característicos. Los que solo se han manifestado una vez i en grado débil, aunque no despreciables, se les mira como de 2.º, 3.º o 4.º grado.

Para que la experimentación sea pura es necesario que el observador se coloque en las circunstancias hijiénicas más apropiadas, para que nada interrumpa la acción de los remedios. Si durante la experimentación hai una incomodidad, un desarreglo en el régimen etc. se borra aquella experiencia i se continúa después en mejores circunstancias, cuando el hombre se encuentre otra vez con buena salud, tranquilo el espíritu i el cuerpo, i sometido a bebidas i alimentos puramente reparadores.

Cualesquiera que sean los resultados de este proceder experimental, es necesario convenir que no tiene inconveniente para el enfermo. Hai aquí algo de abnegación i de heroísmo; digo heroísmo, porque si es cierto, como yo mismo lo he experimentado con algunos remedios, que los medicamentos producen síntomas tan molestos como los de las enfermedades más dolorosas, se necesita virtud, amor a la ciencia i a la humanidad doliente, para someterse a pruebas semejantes. Considerado Hahneman en este terreno, experimentando medicamentos consigo mismo por más de 50 años, con objeto únicamente de aliviar a sus hermanos, es el héroe de los médicos i de los hombres. Su doctrina, prescindiendo ahora de la verdad de sus inmortales descubrimientos, no merece ciertamente el ridículo a que se la ha querido llevar. Solo la ignorancia, porque es capaz de todo, ha podido despreciarla.

Hahneman recomienda la experimentación consigo mismo al tiempo que se estudian los medicamentos ya conocidos, ya porque así se aprenden mejor, ya porque, según él, no es hombre de bien, ni merece el honrado título de médico, el que no observa en sí los remedios que va a dar a sus enfermos.

La homeopatía emplea los remedios a pequeñas dosis, con objeto de que obren dinámicamente, i no como cuerpos estraños, dosis que aunque pequeñas bastan para producir en el sano síntomas de todas las enfermedades, i en el paciente para curarle con *prontitud, seguridad i suavemente*.

Las pequeñas dosis han sido ridiculizadas generalmente, i siempre por personas que no las conocian. Pero esta es cuestión de experiencia; Hahneman i la homeopatía no mandan que se crea sino que se experimente, no en los ajenos porque pudieran engañarle, sino en sí mismo. Si alguno tiene duda sométase a los ensayos como lo hemos hecho todos i juzgue después.

En homeopatía no hai polifarmacia; los medicamentos se dan siempre *puros*, pues aunque se mezclan con el agua destilada, el alcohol puro i el azúcar de leche, estas sustancias, a las dosis que se prescriben, no tienen virtudes medicinales como lo ha demostrado Hahneman por la experiencia en sí mismo. No solo se dan *puros* los medicamentos, sino que se preparan constantemente con unas mismas partes de los cuerpos i de un mismo modo. Si son plantas herbáceas, como el aconito i la belladona, se toma el jugo al tiempo de la florescencia, i no en otro etc. etc.

Resulta, pues, que los medicamentos empleados *puros* i a pequeñas dosis en el hombre sano producen una serie de efectos que se llaman síntomas de los medicamentos, i que la experimentación pura es la fuente verdadera de la materia médica.

Pasemos ya a la

CUARTA I ÚLTIMA CUESTION

¿Cómo se ha de curar?

Llegamos, por fin, a la cuarta i última cuestión, a la cuestión práctica, a la cuestión por excelencia. Bueno es conocer al hombre anatómica, fisiológica i patológicamente, pero si no sabemos curarle, de poco sirven tales conocimientos. La terapéutica es la piedra de toque de todos los sistemas; aquí se descubren sus errores o se muestra la excelencia de sus principios. Si en medicina se quiere verdad, es la verdad terapéutica, la verdad que cura al paciente, la verdad que restablece la salud perdida.

Ocurre una duda al tratar esta cuestión, duda o pregunta que a todos se nos ha ocurrido sin que acaso le hayamos dado la importancia que merece. La curación de las enfermedades ¿está sujeta a cierto orden, a ciertas reglas, o leyes que nosotros podamos conocer? La armonía que vemos en las obras de la Providencia, mundo físico, intelectual i moral, ¿habrá faltado en el hombre en el caso excepcional de curarse sus enfermedades? no es probable, lo natural es que haya una lei que presida estos fenómenos, desordenados en la apariencia. I en tal supuesto vamos a discurrir, como por vía de tanteo, a ver si encontramos alguna luz que nos guíe sin tropezar en lo que hasta aquí ha sido un laberinto inextricable.

Si los medicamentos curan las enfermedades es porque obran o producen efectos en el organismo que sufre; i estas curaciones solo pueden tener lugar por uno de los cuatro modos siguientes: o curan *per similia*, o *per contraria*, o *per specifica* o *per heterogenea*. No hai medio: o son *semejantes*, *contrarios*, *especificos* o *heterojéneos* a las enfermedades los medicamentos que las curan.

Examinemos separadamente cada uno de los estremos, i empecemos por los heterojéneos, es decir; la *lei terapéutica* ¿se formulará *heterojénea heterojéneis curantur*? Si suponemos cierta la lei, tendremos que un vomitivo, por ejemplo, curará una tisis, un actrocárc, un pólip, un vicio de conformación, una gangrena i en fin todas las enfermedades que no sean contrarias, semejantes o especificas del vómito; tendremos que un grano de opio curará la fiebre amarilla, el cólera asiático, los cálculos renales, etc. etc. puesto que el medicamento ni es semejante, contrario ni específico en dichas enfermedades.

Si para evitar estas consecuencias absurdas abandonamos la lei de los heterojéneos, ¿formularémos la lei terapéutica *specifica specificis curantur*? Para proceder con claridad especifiquemos lo que se entiende por específico en medicina. El mercurio es específico del venéreo i el azufre de la sarna, segun dice la escuela ¿i por qué se les llama específicos? se les llama así porque curan estas enfermedades en la inmensa mayoría de casos i porque lo hacen sin que sepamos cómo, ni por qué: de modo que específico o remedio que cura de un modo desconocido es lo mismo. No se puede preguntar por qué la *quina* cura una fiebre intermitente, al paso que puede darse razón

de cómo el iodo cura las escrofulas. Esta es la doctrina corriente; sin embargo, preguntó a los específicos; si producen síntomas, si impresionais el organismo, como lo demuestran vuestras curaciones, ¿lo impresionais de un modo semejante; contrario o heterojéneo a la enfermedad? De un modo heterojéneo no puede ser, porque vendríamos a parar a un absurdo; luego o curais *per similia* o *per contraria*.

Formularemos la lei terapéutica, *contraria contrariis curantur*. En teoría, esta parece que ha sido la bandera con que ha militado desde Galeno la antigua medicina; aunque en la práctica se separa de ella en muchos casos. Mas ¿cuales son los contrarios de las enfermedades? ¿son los medicamentos o los efectos que ellos producen en el organismo? Aunque nadie, que yo sepa, ha precisado esta cuestion, creo que no serán los medicamentos los contrarios, sino los efectos que producen, i si no, ¿cual es la contrariedad que hai entre el polvo blanco de sulfato de quinina i la intermitente que desaparece bajo su influencia? La misma que entre lo blanco i la dureza del hierro. Luego los contrarios deben ser los efectos de los medicamentos. Pero, si son los efectos, ¿cual es el contrario de la tisis tuberculosa? no creo que se me diga que es la salud; porque cabalmente el cómo sucede esto es lo que se trata de probar, i si a pesar de ello se insiste en que es la salud volvemos a la petición de principio, al origen de la cuestion. ¿Sera otra enfermedad? ¿entonces, ¿cual es la contraria de un cólico, de un dolor de muelas, de una erisipela, de una fiebre? etc. etc. Si se me dice que lo contrario del frio es el calor, del calor el frio, del estreñimiento las evacuaciones albinas etc., etc., yo diré, que si en la conjelacion de los miembros se aplica el calor para curarla, es decir, si se aplica el principio *contraria contrariis*, el enfermo pefece: el *similia* i no el *contraria* es el que cura; frotaciones con nieve curan al enfermo. En la quemadura sucede otro tanto, *similia* i no *contraria* es el que cura. Aproximad al fuego la parte quemada i se cura pronto si no ha sido destruida, i si se aplicais el hielo, segun el *contraria*, una reaccion violenta gangrena la parte.

Luego, si en la inmensa mayoría de las enfermedades no se conocen los contrarios i en los que se conocen no se curan por este principio, es claro que la lei terapéutica no es *contraria contrariis curantur*.

Formularemos la lei terapéutica, *similia similibus curantur*. Si la lei no está en los heterojéneos, ni en los específicos, ni en los contrarios, si existe, no puede ser en otro que en el *similia*. Pero ¿qué son los semejantes de las enfermedades? En este sistema es todo muy sencillo. El semejante de una fiebre inflamatoria natural es una fiebre inflamatoria artificial, excitada por un medicamento, parecida en sus síntomas a la 1.ª; el semejante de un cólico es otro cólico, de una tisis otra tisis, etc. etc.

Esto es lo que se entiende por semejantes; pero curan los semejantes? Es cuestion de esperiencia, i yo afirmo, en nombre de ella, por mi practica personal, que si. Probar esto por el razonamiento es tarea un poco larga, que omito atendidas las circunstancias de tiempo; me referiré solo a la esperiencia personal, i para abreviar aún, solo citare dos grandes hechos, el uno sobre el cólera mayor asiático, i el otro sobre la fiebre amarilla.

La epidemia del cólera que invadió el año anterior la Habana fué mortifera en alto grado. En los hospitales militares murieron un 95 por 100, tratados por el método común. Viendo los estragos que hacia la epidemia hablé a la autoridad superior, i a instancias de otro profesor i mías se estableció un hospital de coléricos, especial, para ser tratados por la homeopatía. Hubo una oposicion fuerte, por el Director del cuerpo de sanidad, pero al fin se consiguió el objeto. Los enfermos se nos dieron clasificados por los médicos alópatas, i el Director de sanidad visitaba mañana i tarde el establecimiento, con un rigor fiscal poco común. Ochenta i cuatro fueron los en-

fermos que entraron en el hospital, de los cuales solo 48 murieron. Estos resultados son oficiales i por eso los cito.

De *fiebre amarilla* ochenta i siete son los enfermos que yo he tratado homeopáticamente en la Habana, de los cuales solo uno sucumbió por excesos que cometió en la convalescencia i en parte por descuido mio. Los homeópatas de la Habana tenemos en Octubre del año anterior como 700 casos de fiebre amarilla, de los cuales solo dos habían muerto, uno el que llevo referido, i otro un estudiante de farmacia que se levantó de noche a beber agua, cayó al suelo i allí se le encontró por la mañana, con una agravacion mortal.

Los que hemos visto i tratado la fiebre amarilla homeopáticamente creemos que *ninguno* debe morir, asistido desde el principio.

En cuanto al cólera pensamos lo mismo, fuera de los casos fulminantes que no dan tiempo para nada.

Casos particulares, podria citar algunos cientos de curaciones buenas, que omito por no molestar al tribunal.

Señores, tenemos resuelto el problema médico; lo que hai que curar en el hombre son sus enfermedades, i para hacerlo con prontitud, seguridad i suavemente es necesario aplicar los medicamentos apropiados siguiendo la lei de los semejantes.

La medicina antigua, la medicina de la tradicion, la medicina que enseña a conocer al hombre, en lo que le interesa al médico, resuelve la primer parte del problema. En la segunda, aunque muchos e importantes son los descubrimientos que ha hecho en la anatomía patológica, se pierde i gasta inutilmente sus fuerzas en la averiguacion de la naturaleza íntima de las enfermedades, sujeto que desconocerá siempre. En la tercera o materia médica experimenta siempre en el enfermo, al que solo deben administrarse medicamentos que curen, no medicamentos que puedan dañar; la estrecha via de la experimentacion clinica esteriliza la materia médica. En cuanto a la lei de aplicacion de los remedios puede decirse que en la práctica no sigue ninguna; si curan los medicamentos no se sabe por qué lo hacen; no hai mas que esperiencia, observacion, casos aislados, sin vínculo que los una, como la arena de las playas.

En la homeopatía vemos lo contrario; el órden, la armonía, la luz i la ciencia aparecen por do quiera. En patología se abandona lo que no puede ni hace falta conocerse, la naturaleza de las enfermedades; bastan los síntomas, que son como los gritos de la enfermedad, que dicen esto soi, i no esto pudiera ser. En materia médica tiene la experimentacion pura, base segura para descubrir las virtudes de los medicamentos, sin perjudicar al enfermo. I en la terapéutica se administran los remedios segun una lei constante, la de los semejantes; si curan los medicamentos, se sabe por qué lo hacen, i si no curan es por ignorancia del médico o porque la ciencia no conoce aun el semejante: jamas se le echa la culpa a la naturaleza; ella obra siempre con arreglo a leyes constantes; lo que nos parece oscuridad i desórden en la naturaleza, no es porque así sucede fuera de nosotros, sino que donde está el desórden es en nosotros mismos.

Las dos medicinas, la antigua i la moderna, la alopatía i la homeopatía, marchan por la via de la esperiencia; la una sin luz que la guie, la otra con la lei en la mano; la una observa los hechos, pero no puede prever el porvenir, porque con hechos no se preven los hechos, sino con el principio de los hechos, que enjendra a los pasados, presentes i futuros; la otra va con la lei o fórmula en la mano, adivinando casi lo que ha de suceder.

Estas son, en resúmen, las ideas fundamentales de la homeopatía con las diferencias que la separan de la medicina antigua. Si en algunos parajes se califica con dureza a la medicina i en otros se promete al parecer demasiado con la homeopatía, lo

he hecho porque ese es el espíritu de la nueva doctrina, no porque mis convicciones sean prácticamente tan exclusivas en la actualidad.

Ha versado esta memoria sobre la homeopatía i no sobre otro punto de la ciencia por dos razones poderosas: la primera, que me gusta proceder honradamente i que mis comprofesores me conozcan por entero ántes de proceder a habilitarme, si lo creen justo para ejercer en este país; i la segunda, el que ellos mismos me han estimulado a hacerlo por las pruebas de tolerancia, honradez i buena fé que han manifestado i manifiestan por la homeopatía.—He dicho.